

CAPÍTULO 1

Antropología y Evolución Humana

- 1.1. Actualidad de los estudios sobre evolución humana
- 1.2. Antropología Social y Ciencias Evolutivas
- 1.3. A la búsqueda del objeto perdido: *La(s) Cultura(s)*
- 1.4. Renovarse o morir. Intesdisciplinariedad, hibridación



1.1. ACTUALIDAD DE LOS ESTUDIOS SOBRE EVOLUCIÓN HUMANA

El panorama actual de las ciencias sobre el hombre ha visto reanudar el interés sobre los orígenes de la humanidad. Este interés tiene una doble vertiente. Por un lado la genética y la genómica, la biotecnología como una de sus aplicaciones, se orientan a los orígenes biológicos del ser humano desde el punto de vista del organismo, a menudo haciendo un excesivo énfasis en lo heredado. Por el otro, la atención a los orígenes prehistóricos de la humanidad, sus conexiones filogenéticas y los aspectos evolutivos de nuestra especie. No hay día que no oigamos en los medios novedades sobre nuestros antepasados, las antiguas formas de vida de éstos, sus relaciones con los primates, o las últimas investigaciones sobre sus capacidades.

En España, los estudios sobre Evolución también se han repartido entre diversas disciplinas. Principalmente la Arqueología, la Prehistoria, la Paleoantropología y la Biología. Es imposible dar cuenta de todas y todos los investigadores, investigaciones y publicaciones que continuamente van produciéndose. Muchos de ellos serán citados a lo largo de estas páginas¹.

¹ Entre ellos y ellas destacamos autores como Cela Conde y Ayala (2001, 2006), Bermúdez de Castro (2002, 2005), Arsuaga (1998, 1999, 2001), Carbonell y Sala (2002), Carbonell y Mosquera (2000), Bertranpetit y Junyent (2000), Castro et al. (2003), Corbella et al. (2000), Cardeñosa (2001), Martín-Loeches (2008), Sandín (1997, 2001), Rosas (2010), etc. La Etología representada por Fernando Colmenares (1996), Federico Guillén-Salazar (2005), la psicología cognitiva animal de Juan Carlos Gómez (1998), la primatología del pionero J. Sabater-Pi (1984), los trabajos de Manuel Domínguez Rodrigo (1997), entre tantos otros, también han colaborado a dar interés e impulso al conocimiento de nuestros precursores filogenéticos y sociocognitivos en otros primates.

Lingüistas, neurocientíficos, etólogos, primatólogos, psicólogos comparados, médicos, filósofos de la mente, filósofos de la biología, politólogos, economistas, expertos en nutrición, etc.; también se han incorporado al complejo trabajo de armar las piezas para dar idea de cuál ha podido ser el devenir de nuestra singularidad como especie entre otros homínidos y otros primates. Así, el estudio de la evolución humana ha ido constituyéndose como un campo necesariamente interdisciplinar.

1.2. ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y CIENCIAS EVOLUTIVAS



En este panorama interdisciplinar, tampoco puede faltar la Antropología social. ¿Por qué?

La evolución de los procesos cognitivos y mentales, las tecnologías, los procesos productivos, la comunicación y el lenguaje, la semántica y el simbolismo, la socialización humana y los procesos de aprendizaje y socialización, la continuidad y creatividad cultural, las relaciones sociales y la constitución de grupos, la organización social y la aparición de procesos de poder y dominio, las relaciones de género y los procesos de crianza, son abordados limitadamente por las disciplinas evolutivas. En primer lugar, por la falta de datos. Y en segundo, porque estos aspectos no pueden ser contemplados sin una sólida teoría de lo sociocultural. Con algunas excepciones históricas (cf. 2.2. y 2.3) y otras más actuales (Barnard, 2011 y 2012) entrar en el campo de lo evolutivo como escenario dinámico y cambiante de la construcción de lo humano y, en ello, de lo sociocultural, es una asignatura pendiente aún para la Antropología Social, asustada todavía por los excesos del Evolucionismo, el Neodarwinismo y la Sociobiología. No podemos estar ausentes de la vanguardia científica en este campo de producción del saber; tenemos mucho que aportar. La Antropología puede ofrecer su experiencia y conocimiento de años para comprender mejor el papel intrínseco de lo cultural en la evolución humana.

Aunque la Antropología social y cultural ejerza su práctica por medio del trabajo de campo en comunidades vivas, sus análisis, su perspectiva y el tipo de datos y teorías que produce pueden colaborar de forma importante en la comprensión de los complejos procesos evolutivos que han dado lugar a nuestra propia especie y a lo que le caracteriza como ser sociocultural². Nuestra humanidad no es un punto de llegada *biológico* al que se añadiría *lo cultural*. Las cosas son mucho más complejas, más interesantes.

1.3. A LA BÚSQUEDA DEL OBJETO PERDIDO: LA(S) CULTURA(S)

Para que la Antropología social tenga cabida en el (los) programa de conocimiento sobre evolución humana, son necesarias, a mi entender, varias condiciones.

Clifford Geertz (1973) citó la Antropología como una forma de literatura, una interpretación de la cultura –las culturas– como textos. En Clifford y Marcus (1986) se llevó esta orientación hasta el máximo, poniendo en solfa el *objeto* que nos ha dado *originalidad* disciplinar en la historia de las ideas y de la ciencia en Occidente: *la cultura*. Esta *crisis* de representación derivó en una autocrítica mordaz y casi autodestructiva de nuestro propio quehacer como antropólogos³.

Quizás haya sido necesario tocar fondo y rasgarnos las vestiduras ante un concepto –su práctica teórica y empírica implicadas– que habíamos reificado, esencializado e instrumentalizado políticamente hasta límites insospechados. Desencializar su significado, desenmascarar los discursos, los poderes y la institucionalización académica y políticamente interesada de la diferencia y del *otro*⁴ parece habernos venido bien para salir de la autocomplacencia.

² Me siento plenamente identificada con las palabras de D'Andrade (1995:4) cuando dice que a medida que se progresa más en el conocimiento de la disciplina, una serie de *practitioners* se hacen cada vez más conscientes de que los fenómenos que se investigan son de naturaleza muy compleja. Esto les hace proponer una nueva agenda de problemas de investigación, una nueva dirección de trabajo.

³ Sobre este particular, recomendamos, la consulta de Kuper, 1999; Fox y King, 2002; Rosaldo, 1989; Díaz de Rada, 2009.

⁴ *Cultura, culturas*, se han convertido en versiones *light* del *políticamente incorrecto* término de *raza*, tanto en la práctica asistencial como en ciertas prácticas académicas y etnográficas (cf. Abu-Lughod, 1991; Wikan, 1989; Melhuus, 1999).

Pero, entonces, ¿de qué podemos hablar los y las antropólogas? ¿De textos, discursos, prácticas, ideas, poderes?

Cuando resulta que la Sociobiología, la Ecología Behaviorista, la Memética Neodarwinista, la Psicología y Antropología Evolucionistas, la Biología del Desarrollo, la Etología Animal, la Teoría de las Organizaciones, la propia Sociología e incluso alguna Psicología Cognitiva, están apropiándose del concepto de *cultura* para reinterpretarlo desde sus propios paradigmas y prácticas de producción de saber, a nosotros se nos ocurrió entrar en crisis, y hacer limpieza empezando por quemar la casa. En nuestro particular exorcismo colectivo, es posible que hayamos llevado el ejercicio de reflexividad demasiado lejos (¿nunca es suficiente?). Como decía alguien por ahí, en nuestra crítica autodestructiva, no hay que tirar el agua de la bañera con el niño dentro. A lo mejor el niño es parte de su bañera, o el agua parte del niño, o la bañera está contenida en el agua. O sea, a lo mejor hay que re-conceptualizar estas cuestiones (Strauss y Quinn, 1994; Strauss and Quinn, 1997:4 y ss) sin sacrificarnos *a lo bonzo*. Como especialistas en los fenómenos socioculturales, no tenemos que renegar de nosotros mismos ni aceptar un cheque en blanco⁵.

Nada más lejos de mi intención que retomar la vieja discusión sobre el concepto de cultura en Antropología social. A mí sólo me interesa ubicar mi trabajo en cuanto a sus propósitos y pasos previos necesarios⁶.

Yo, como muchos otros, prefiero el término sociocultural, explicado por M. Fortes (1983) y utilizado por tantos otros como Ingold (1991) o Díaz de Rada y Velasco (1996). La adjetivación es una cualidad, no una garantía sustantiva. Además, al hablar de procesos socioculturales, estamos poniendo el énfasis en que es el dinamismo lo que cuenta, independientemente de estructuraciones más o menos prolongadas en el tiempo. Entiendo la cultura precisamente como el proceso no lineal de creación y reorganización, descripción y redesccripción colectiva de las condiciones de existencia (en los que incluyo el significado) de los seres humanos. La discontinuidad que representa el *Homo sapiens sapiens* del resto de su cadena filogenética se

⁵ Además, sin que se trate de un ejercicio corporativo, creo que no debemos aceptar que ciertos planteamientos monopolicen la discusión y encima se arroguen el protagonismo cuando hablan de cuestiones sobre las que los antropólogos ya llevan una larga tradición de investigación teórica y empírica. Cf. Cap. 6.

⁶ El lector interesado sobre este particular puede consultar Tylor, Murdock, Kroeber, Clifford, Marcus, Kahn, Kuper, Rosaldo, Díaz de Rada, Zygmunt Bauman, entre otros muchos.

da en términos de emergencia, a partir de un movimiento de constitución de su entorno por medio de prácticas y convenciones en donde los agentes que los producen e incorporan son capaces de recursividad, reflexividad y transformación continua. El resultado es, obviamente, diverso y variopinto: por eso, si podemos hablar de *cultura/s/sociocultural*, no es en el sentido de reificaciones sustantivas delimitadas, sino como modos diferentes de organizar este proceso, sus estructuraciones, sus definiciones, sus significados y las prácticas por las que cobran existencia de hecho.

Esta acepción puede dar la impresión de ser algo *sustantiva*, pero no lo es. Independientemente del proceso de producción de nuestras propias categorías de pensamiento, y la reflexividad necesaria operada en la Antropología Postmoderna, yo estoy interesada en los procesos biopsicosociales de constitución y producción de nuestra humanidad. Y el acento está en lo dinámico y procesual abierto (open-ended) de esta producción que, no obstante, se objetiva y cristaliza, se estructura, en forma de patrones de relaciones y conexiones más o menos flexibles, con esperanza de vida diversa y variada capacidad de fuerza y atracción. Este planteamiento me aconseja, en la medida de lo posible, escribir “Cultura”, con o sin mayúscula, pero siempre en cursiva, indicando que es un concepto no exento de discusión y polémica y cuya categorización no puede darse por hecha ni axiomática.

Tampoco tengo inconveniente en que mi orientación sea denominada *naturalista*, siempre y cuando no se identifique con una perspectiva *objetivista/realista* y *cuantitativista*, al modo en que Occidente ha construido el conocimiento, a partir de Galileo, como saber sobre un mundo regido por leyes *escritas en números* y, por tanto, *medible* matemáticamente. La(s) *cualidad(es)* es (son) parte intrínseca de nuestro mundo, de cualquier mundo, y de las experiencias activas de los organismos en él –ellos– (Goodwin, 1994).

Me gusta pensar que, como en otras disciplinas, en Antropología también puede hacerse *investigación básica*, que no es otra cosa que el trabajo epistemológico y teórico sobre lo sociocultural, lo humano, a partir del trabajo etnográfico y de los datos proporcionados por investigaciones en otros campos del saber. Yo soy de las optimistas y creo que *hacer ciencia* no significa necesariamente calcular y medir o dejarnos asfixiar por el positivismo; tampoco me decanto por el relativismo ilimitado de la hermenéutica o el subjetivismo de lo fenomenológico, llevado a su máxima expresión. Más bien hay que pensar en prácticas posibles de producción de saberes con controles internos y externos, con una reflexividad cons-

tante del propio quehacer y sus formas de objetivación (Bourdieu 1972; Pinxten, 1997) en donde el/la investigador/a son parte de la producción de los datos, por medio de la selección, elaboración y análisis que los constituye como tales. Que nuestro conocimiento, como disciplina y producción sea situado, que un ejercicio de auto-de-construcción sea siempre sano para cualquier saber, especialmente para la Antropología, no supone paralizarnos ni deslegitimizar nuestra práctica.

1.4. RENOVARSE O MORIR. INTERDISCIPLINARIEDAD, HIBRIDACIÓN

Seguimos, en mi opinión, con una quiebra entre lo que somos capaces de hacer —exploraciones sutiles, sensibilidades exquisitas hacia lo diverso y lo complejo y su articulación— y el replanteamiento coherente y público de la validez de algunos de nuestros presupuestos epistemológicos más tradicionales. Es preciso hacer una Antropología más sensible a las contribuciones de otras ciencias, que le permitan a la vez redefinir algunos paradigmas de su tradición científica así como re-establecer un espacio empírico y teórico propio en conexión con otras áreas de producción de saberes.

Sobre todo si, como pretendo, se trata de plantear una Antropología biopsicosociocultural, integrada e integradora. Hay que estar dispuestos a reinventarse constantemente, sin renunciar a la memoria⁷.

La Historia de la Antropología, particularmente en Europa, ha dado la espalda sistemáticamente a la Biología. Atrapada en una imagen de ésta

⁷ Es éste uno de los *efectos perversos*, de mi proyecto de investigación. Antes de concentrarme en los contenidos y características de la evolución humana propiamente dicha, no he tenido más remedio que dar un rodeo y replantear algunas cuestiones de tipo teórico que todavía no están del todo resueltas —o por lo menos aceptadas— en la Antropología y en las Ciencias Sociales en general y que refieren a preguntas no por clásicas menos actuales: la problemática del actor social y las estructuras, las relaciones entre lo ideográfico/normativo/valorativo y las prácticas, las concepciones de lo humano y su actividad en el entorno, las dinámicas reproductivas y de cambio social, la compatibilidad entre orden y desorden en lo sociocultural, la causalidad en los fenómenos sociales, la unidad de la especie humana en conjunción con procesos cultural e históricamente localizados, lo colectivo en lo individual y viceversa, la objetivación y subjetivización de las producciones humanas, etc. Por eso, el/la lector/a encontrará este texto algo *atípico*, dentro del conjunto de estudios críticos sobre evolución humana.

entre el Evolucionismo *racialista*, la Sociobiología y el Neodarwinismo, la Antropología social ha renegado de una Biología que creía reducida a lo Genético y lo universalizable, sin molestarse en comprender lo biológico y lo orgánico desde otras propuestas epistemológicas, a excepción hecha de Tim Ingold, a cuyos escritos y enseñanzas mucho deben los míos.

La insistencia antropológica en el relativismo cultural cumplió en su momento el objetivo intelectual y académico de contrarrestar los excesos del determinismo biologicista. Pero los antropólogos no han dejado de ser menos deterministas. Clifford Geertz citó la *Cultura* como reguladora de una *no-humanidad* atrapada en lo biológico, como proceso de significación sobre lo informe y desestructurado (Geertz, 1973). El divorcio académico europeo que sigue existiendo entre Antropología social y Antropología biológica hace años que debería estar superado; los biólogos han de mirar a la Antropología (Ingold, 1990) y los antropólogos a la Biología (Hinde, 1991).

La Antropología social puede rechazar determinadas teorías biologicistas y evolucionistas, pero no puede ni debe ignorar ni los fenómenos y procesos biológicos, cognitivos y evolutivos en la constitución de lo humano, ni aquellas otras epistemologías que abren el camino a la integración y la interdisciplinariedad de fenómeno tan complejo. Atender a lo biológico y orgánico como procesos mutuamente implicados con lo sociocultural *no implica ser (neo)darwinista* ni volverse determinista (Hinde, 2002). Es hora de que la Antropología social *también* haga un esfuerzo de aproximación y comunicación⁸. Sólo desde esta reflexión podrá la Antropología redefinir un espacio empírico y teórico en conexión con otras disciplinas.

Tampoco podemos ignorar por más tiempo disciplinas como la Neurofisiología del conocimiento, de la emocionalidad, del vínculo y de la relacionalidad social, y el fundamental papel que tienen las hormonas en nuestra biopsicosocioculturalidad. Una de las asignaturas todavía pendientes para la Antropología Social es seguir los pasos de Gregory Bateron y su *ecología de la mente* sin reducirla sólo a una etnología de la mente (cf. Shore, 1996).

⁸ Salvando contadísimas excepciones, es de lamentar que la mayoría de los congresos y jornadas europeas de Antropología social siguen reticentes a incluir simposios o paneles sobre evolución humana, del mismo modo que numerosas reuniones científicas organizadas desde orientaciones neodarwinistas excluyen sistemáticamente a los antropólogos sociales y culturales críticos con el determinismo genético y el evolucionismo que prima la selección natural y la adaptación.

Yo creo que la Antropología, como lugar de producción de saber, ha de interesar a la comunidad científica general y a programas de investigación como los de la Evolución Humana, las Ciencias Cognitivas, las Ciencias del Desarrollo, la Neurobiología, los estudios sobre Conciencia, la Biotecnología, el programa de Ciencia, Tecnología y Sociedad, etc., los estudios intersectoriales sobre *Biosex* y *Bioracismo*. Estos son campos que no sólo necesitan una Antropología social y cultural sino una Antropología bio-cultural, estrechamente conectada con la anterior pero incorporando la reflexión y el análisis sobre nuevos dominios de actividad, representación y poder, como sucede en los estudios intersectoriales sobre cuerpo, poder, sexualidad y *raza*⁹.

Para el caso que aquí más nos ocupa, los antropólogos y antropólogas tienen que comprender la evolución como un proceso complejo biosociopsicocultural, relegando el lastre de tantos dualismos obsoletos a la papelera (Naturaleza-Biología/Sociedad-Cultura; Cuerpo/Mente, etc.; cf. Caps. 5 y 6). Tanto las Ciencias Sociales como las llamadas *Ciencias de la vida* han de plantearse esta cuestión seriamente en el estudio de cómo llegamos a convertirnos en seres humanos.

También es necesario abrir las teorías evolutivas *standard* a una Biología no genéticamente determinista, condición necesaria (aunque no sufi-

⁹ Afortunadamente, podemos hablar de una nueva subdisciplina antropológica que es todo menos un nicho de autosuficiencia académica: *Neuroantropología*. Consiste fundamentalmente en el análisis de la estructuración y dinámica de la conectividad cerebral y sus productos mentales teniendo en cuenta la experiencia personal socioculturalmente constituida en sus múltiples formas etnográficas. De lo que se habla es de *The Encultured Brain*, el cerebro *enculturado*, y que en este texto y otros trabajos he denominado *Mente Neurosocial* (cf. Cap.10). A partir de material de investigación neurobiológica, como imágenes de resonancia magnética funcional, los estudios etnográficos aportan información sensible sobre modos de configuración dinámica neurológica en entornos socioculturales como el deporte, el movimiento y el equilibrio, el consumo y adicción al alcohol y tabaco en contextos de elevada carga socioemocional grupal, las repercusiones emocionales y cognitivas del shock postraumático, la configuración de síntomas y procesos neurofisiológicos en contextos de terapias tradicionales, la diversidad del pensamiento religioso en personas con deficiencias sociocognitivas y emocionales como en el autismo, etc. Fueron precisamente éstos algunos de los temas presentados en la sesión titulada “The Encultured Brain: Neuroanthropology and Interdisciplinary Engagement” de la Conferencia Anual 2008 de la Asociación Americana de Antropología, celebrada en San Francisco. Por primera vez se ha incluido esta temática con este título, con la asistencia de antropólogo/as tan conocidos como Christina Toren, Naomi Quinn, Claudia Strauss (que al final no pudo estar), primatólogos y endocrinólogos como Robert Sapolsky. La ocasión ha servido para dar un impulso a debates teóricos, metodológicos y experiencias empíricas de esta nueva parcela antropológica de investigación interdisciplinar, con la intención de promover el contacto y el intercambio con ánimo de organizar futuros encuentros.

cientemente) para incorporar a una Antropología *renovada* teórica y prácticamente, de forma que los procesos y factores socioculturales sean considerados en su especificidad fenoménica y en su relación compleja con otros procesos evolutivos y no como subproductos de la evolución genética.

Si la Antropología social debe considerar otras ciencias, no menos éstas deben integrar lo mucho que pueden aportar los y las antropólogos sociales y culturales. Sólo así podremos ofrecer lo mejor que tenemos y, de paso, reorientar el camino por el que se desliza buena parte de la práctica tecnocientífica actual hacia la desobjetivización y comodificación de lo humano, muy en línea con muchos de los proyectos políticos e instrumentales dominantes en la posmodernidad tecnologizada, globalizada y localizada que nos está tocando vivir¹⁰. De todo esto volveremos a hablar en el Capítulo 3. en nuestra búsqueda de una epistemología que permita trascender aquellos conocimientos producidos desde paradigmas y teorías lineales deterministas y dualistas sobre la evolución en general y la humana en particular. Antes de ello, queremos aportar un breve contexto histórico e ideológico de algunas de las reflexiones principales del pensamiento occidental sobre la evolución; adelantaremos también algunos de los principios de las teorías *standard* hegemónicas en las Ciencias Evolutivas desde el siglo xx y en la actualidad, que sin duda constituyen uno de los principales escollos para comprender estos procesos en toda su complejidad.

¹⁰ Cf. Appadurai, 1991; Hannerz, 1992; Rabinow, 1996; Haraway, 1990, 1991; Strathern, 1992.

